
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 9, Número 49, Marzo Abril 2008

Índice

Editorial: Divina pasión.....	1
Vida de santos hindúes: Nandi Ji.....	3
Del Srimad Bhagavatam.....	9
Cuentos para el Alma.....	12
Enseñanzas de los Místicos del Islam.....	13

Editorial: Divina pasión

Corazón mío:

Extrae la fuerza de ti mismo, sé tu propia montaña y tu propio minero. No es yéndote a navegar por el océano de las palabras escritas que te conquistarás para la vida verdadera. El taller del pensamiento suele forjar espadas muy débiles; no sirven para la verdadera batalla del alma.

La mente es como una fragua; su fuego vive del aire. Sin éste no lograría alzar ninguna de sus llamas. ¡Qué puede ofrecerte su espíritu precario, sostenido por el airecillo de la razón humana!

Rescata tu ser del ruido, de las voces de los otros, de los genios, de los talentos, de la incalculable caravana de artesanos del verbo, razonadores, artistas del buen decir... Tu Ser no piensa: el que piensa es tu pequeño yo, el ego mundo que hay en ti. Cuando llegas a Ser, vives, pero sin pensar, precisamente porque Vives.

La letra escrita te fascina, Corazón mío, igual que al niño inocente las luces de bengala y los tiovivos que giran en ruedas incesantes.

Cada malabarista del pensamiento atrapa tu atención, lo ves alzarse viril sobre la cuerda tensa de sus opiniones bien vestidas, lo observas moverse en su gran espectáculo de conceptos, bebes de sus ideas... y luego, cuando Dios llama a tu puerta, no tienes para darle realización alguna, sólo un ramillete de fantasías, de bouquet de vientos eruditos que no pudieron transformar tu precariedad en fuerza de Ser.

¿Te enseñaron tantos libros a entenderte con la soledad, con el silencio, con la ingratitud, la vejez, o la muerte? Allende la pompa de jabón de los razonamientos, existe una parte inexplorada de tu naturaleza, que si bien es una enmarañada selva para el que ignora, es cielo diamantino y purísimo para el que se Sabe.

Encamina tus pasos hacia esa dirección, pero recuerda que no llegarás a Ella a menos que te quites los disfraces lujosos del intelecto. Tú no eres razón ni discurso: eres el Niño de Dios, nacido para Amarlo, no para interpretarlo.

Comienza por aprender, precisamente, aquello que no quieres: estar en soledad, hablar contigo, observarte atentamente, observar los movimientos de tu hermana mente, ver cómo, día tras día, te arroja al pozo oscuro donde pululan mil intrascendencias que se empeñan caprichosamente en ser importantes. La charla vana, las discusiones eruditas, las grandes conferencias ornamentadas con los frutos de la memoria que para nada sirven a tu fin, te despeñan cotidianamente, haciendo que pierdas el tiempo viviendo en la superficie, cuando tu destino es el de constituirte en sagrado buscador de la perla del Ser, que mora en las profundidades del océano de tu yo.

HASTINAPURA

diario para el alma

Se te ha dicho: “No nacerás a menos que mueras”; no Conocerás si te empecinas en creer que es conocimiento lo que sólo es el maquillaje de la ignorancia.

Corazón, tú eres el trono de Dios, y Él no te quiere vestido sino de ti mismo, esto es, de pureza y pasión. No te extrañes, de pasión interior, pasión profunda que nada tiene que ver ni con tu carne ni con tu psique. Esa pasión de la que te hablo, habitó la esencia de los santos bienaventurados, los que sintieron Su Llamado y acudieron a la cita, rebosantes de gozo y esperanza.

Podrás argüir: “de los santos bienaventurados... pero yo soy diferente, soy común, pecador, sin gracia para la conquista divina”... y yo te diré que estás equivocado: lo que te separa de la realización interior es sólo tu abulia, tu desatención, tu desgano. Tu cuerpo-mente posee la misma constitución que la de ellos, y lo que es más importante: llevas en ti el espíritu de Dios, del cual eres su perla, y su joyel. Encerrada en ti mismo, se halla el alma del mundo. Lo sabes, pero das mil vueltas para olvidarlo, te ciñes de mundo y la relegas, vas a dialogar con los fantasmas de la Nada, parición constante del tiempo, y abandonas la Suprema Realidad del Ser, que es Eternidad. Te has desposado con el vacío, y juzgas su compañía más grata que la de Aquel.

Sumérgete, Niño mío, en las aguas del “Padre Nuestro que estás en los Cielos”... sumérgete una y otra vez; lava tu ser íntegro de hueras especulaciones, de juicios, de razones, y toma el sendero humilde de la entrega porque sí, sin anhelo de saber ya sobre nada...

Sufres porque estás vacío de Amor, no porque te halles corto de fuerzas.

Te besará el Señor y, como la Bella Durmiente de los cuentos de Hadas, toda la felicidad será hallada por ti con ese beso-llama que iluminará tu Camino extrayéndote para siempre de las sombras...

Ada Albrecht

HASTINAPURA

diario para el alma

Vida de santos hindúes: Nandi Ji

por Ada Albrecht

Lector: El alma del santo Nanda, fue la copa de cristal purísima donde Dios bebió la ambrosía de la Gran Devoción. Para Nuestro Señor, no existe en toda la vastedad de Su mundo, nada tan apreciado como el Amor de sus Bhaktas (devotos).

Y Nanda el paria, escanció en sus divinos labios hasta la saciedad, esa miel de mieles que nace de las flores humanas, acunadas en el jardín de la Fe.

Este Rey de Reyes, nació en la aldea de Adhanor, Madras, hace seiscientos años.

En la Antigua India, un sin casta era peor que un mendigo, casi peor que un chandala. Todo bien de fortuna, le fue negado desde su ingreso a este laberinto que llamamos vida. Y le fue negado, porque, quien se alimenta del recuerdo de Dios constantemente, nada más necesita, ya que ha salido del Parque de juegos infantiles donde se recrea la ambiciosa mente de los hombres niños.

En realidad, ninguna es más ambiciosa que la criatura de santidad. No se conforma con los juguetes que suele poner a disposición de sus hijos, la Madre Tierra, no cambia el Tesoro Real -el amor a Dios-, por algunas cuentas de colores brillantes a las que se les da el pomposo nombre de “fortuna”.

Él sabe muy bien -porque Ve Claro- donde está la Verdadera Joya, él, por quien sabe qué magia celeste, es el único que puede diferenciar el oro de la arcilla. Entiende que en la casa del tiempo, todo es vago y transitorio, huidizo como el viento, y no se aviene a poner los ojos en sus supuestas riquezas.

Él quiere el Todo y es indiferente a las partes. Con la más grande sabiduría, se encoge de hombros y da la espalda a toda fruslería que sólo ejerce su hechizo en los mojigatos. El poder dominar el mundo, poseer el imperio de la Tierra, sus montañas de esmeraldas y brillantes, el ser honrado, servido, glorificado, el vivir para la satisfacción de ambiciones y deseos, lo tienen sin cuidado. No es un tonto ni un torpe ni un necio. Ha puesto el barco de su esperanza proa al Infinito y no se detiene en la contemplación de las costas rubicundas, ni quiere otro puerto que aquel que es el origen de todos ellos.

Un santo es la criatura más extraña que existe, porque estando en el mundo, no pertenece a él, viviendo en un cuerpo, es todos los cuerpos a la vez, como Dios mismo. Teniendo ojos, no ve; teniendo oídos no oye; teniendo mente, no la direcciona al taller de las aleaciones equívocas donde aquello que es oro purísimo -el Atma o espíritu- se suele fundir con el plomo de la codicia material, no cambia la gota de la vida por el océano de la Eternidad. Un santo sólo ve, oye, aspira, gusta la presencia de Dios en todas las cosas. Se ha convertido en refulgente Pupila del Cielo y ve al Cielo y a su Creador en toda manifestación. Tanto lo contempla, que es indiferente a toda otra contemplación, pues solemos querer aquello con lo cual nuestra conciencia se conecta, y la del santo, que se ha unido ya a la luz Una, sorteas, con alegría el resplandor de la efímera llama del fuego de Maya.

No anhela el Universo; anhela a Su Creador. Quiere a Dios y se estremece sólo por Dios. Vive, pero está ausente de todo, y por ello, de algún modo podríamos decir que ya está muerto, que está seco, como el árbol descuajado por un temporal; así él, por los vientos celestiales de la devoción. Entre sus ramas, ya no hay flores, ni brotes

HASTINAPURA

diario para el alma

nuevos, ni temor ante la presencia del invierno. Primavera y otoño no existen más; es un exilado al país del Infinito.

El verdadero Maestro de la Humanidad es precisamente, el hombre de santidad. Nos lleva de la mano del Amor a las tierras de la Bienaventuranza Celeste. ¡Qué poco caso hacemos de él, con qué emoción superficial solemos contemplar su paso por el mundo! Hoy nos arranca lágrimas la historia de su vida, pero mañana... mañana debemos servir nuevamente a nuestro Rey, el mundo, de modo que conviene olvidar y tomar asiento una vez más en el tío vivo de las ambiciones, cuyo dueño y soberano es este pequeño yo, jamás ahíto de sus innumerables vueltas que no van a parte alguna, o que sí van, tarde o temprano: a las tierras del hartazgo, la angustia, el desasosiego, porque si hay criatura que jamás halla sino satisfacciones temporales en su laborioso quehacer, esa es la criatura humana.

Todo esto lo sabe el alma del santo y por ello, como decíamos, no se sujeta a sus lazos. Miremos sino, a nuestro Nanda. Si es difícil la santidad para un brahmin, un chatrya, un vaisha, la misma es casi imposible para el paria hindú. Despreciado, envilecido, fustigado, escarnecido, suelen agruparse en oscuros choceríos con paredes hechas de hojas de palmera, o restos de cartones y papeles de diario hallados al acaso o entre los desperdicios de los basurales. Allí subsisten, a veces, con temor a salir al exterior por la cotidiana limosna diabólica del escarnio y hasta una que otra piedra arrojada por la mano de un sudra y hasta por la de un altanero brahmin para quienes la presencia de un “intocable” es signo de mal augurio.

Las lluvias constantes de ese subcontinente tropical, suelen cubrir de charcos lodosos los serpenteantes vericuetos llamados caminos que se enredan entre el chocerío. Perros totalmente pelados -sabido es que la pelambre del animal es un exceso proteico al cual no tienen acceso los pobres canes hindúes- con sus patas curvadas por la descalcificación que sufren sus huesos, deambulan fantasmagóricos de aquí para allá, buscando lo imposible o sea un poco de alimento. Como un regalo del Cielo, sobre los techos de las chozas o casas mejor edificadas, suelen descansar los múltiples brazos de trepadoras, entre ellas, de calabazas y zapallos que aquí y acullá, dejan caer sus frutos como si fueran una ofrenda de la Tierra a sus hijos más pobres.

Cacharros de barro cocido, algunos sanos, otros rotos, enmarcan las viviendas de esos desdichados, y por supuesto, el conglomerado humano en sus tareas cotidianas. Semidesnudos los más, mal vestidos los menos y apenas alimentados, son un cuadro de miseria constante. Como la religión oficial no les permite acceso a los Templos, y como el espíritu indio, aunque de intocables se trate posee más que ningún otro pueblo del mundo una marcada tendencia a la devoción, ellos, los parias adoran a Rakshasas y otros espíritus menores.

A esto no se avenía el espíritu de Nanda. Él amaba a Shiva, el Dios de la Misericordia total, el que nos libera de las tierras de la Ilusión del mundo otorgándonos la gracia de la Realidad. De lejos, solía admirar la fachada de los templos. Para él, eran el Cielo mismo, al cual no le estaba permitido ingresar; Nanda entonces, deambulaba alrededor de sus cuerpos de piedra ciñéndolos con los brazos invisibles de su Amor. ¡Cuánta gloria sería -pensaba Nanda niño- poder contemplar la imagen del Dios de la Liberación!

En la aldea, alguna abuela que exitosamente lograba llegar a la vejez, contaba milagros del Dios de dioses:

HASTINAPURA

diario para el alma

-Es muy bueno y compasivo, y ama a los sin castas del mismo modo que a los brahmines. Nataraya danza y danza y con cada paso libera de sus miserias a las criaturas humanas. Con su pie derecho, destruye el cuerpo de la Ilusión, de Maya, del mundo manifiesto que es como decir para el indio, que destruye la causa del dolor... Y Nanda niño, a través de los cuentos de los mayores, sentía que su corazón, como pajueta divina, se sumergía en las llamas de ese fuego abrazador del Amor. Corría luego, hasta el campo cercano, e inventaba pasos de baile, los brazos abiertos, los ojos iluminados de extraña luz... y reía y reía con el arroyuelo, con el viento, con las flores porque Shiva estaba en ellos. El Universo era una gigantesca copa de cristal: la vida, era el licor escanciado en ella, que el dios Shiva bebía sediento al término de sus danzas. Luego llegaba la noche y con la nueva aurora, todo volvía a recomenzar. El juego era infinito para todos, menos para aquellos enamorados plenamente de Dios. Estos gozaban de su abrazo eterno y ya no se manifestaban jamás. A no ser como bendición bienaventurada.

Nanda poseía un pequeño tambor y cuando lo tocaba, él mismo era Nataraya creando los ritmos de la manifestación. Un día pensó en construirlos para los músicos del templo. ¡Qué infinita alegría le embargó el corazón! Él estaría presente en los tambores, estaría a los pies de Dios, lo vería danzar, se arrojaría de amor ante su imagen... Esta dulce tarea ocupó los años de su puericia y adolescencia. Cuando su cuerpo pudo resistir las duras tareas del campo, su señor -porque los parias no son libres, sino que pertenecen siempre a alguien de las castas superiores- lo envió a los arrozales. Con las piernas desnudas en el limo pasaba horas y horas cantando a su Padre del Cielo hasta entrada la noche. Era el primero en hacerse presente en el Trabajo y el último en retirarse de él, como que era un Bhagavatar esto es, un músico de Dios, y así le cantaba:

“Te agradezco mi Señor, el haberme hecho paria. Sé que ello es lo mejor para mi. Tú que formas las corolas de los lotos y champakas, ¿no has de saber qué es lo mejor para cada hijo tuyo? Al búfalo le otorgas fuerza, leche a Kamadenu, brillo a las estrellas: a mi me hiciste paria y es seguro que en esta condición, estoy aprendiendo mejor que en ninguna otra, cómo llegar a Ti. Tal vez si me hubieras hecho brahmin, la arrogancia me hubiera sido un veneno peor que el de las cobras y lleno de orgullo, en vez de cantarte, me creería el señor de la tierra. Si Vaisha, estaría haciendo grandes fortunas con mis negocios y no podría acordarme de Ti... ¡Oh Señor misericordioso, cuánta bondad posee tu corazón! De todo me privaste para que nada se interpusiera entre Tú y yo. ¡Nataraya, Nataraya, bendito seas! ¡Consérvame desnudo de bienes para que nunca deje de adorarte! Tú que eres la Luz del Universo, ¿no tendrás acaso la luz de la sabiduría necesaria, como para saber qué es lo mejor para mi?”

Nanda tenía un sueño, un ideal, y éste era, visitar siquiera de lejos, el templo de Chidambaram, donde existía una magnífica imagen de Nataraya; una especie de extraño espejo donde el Deva mismo parecía reflejarse, tan perfecta era. Sus dos pupilas en verdad contemplaban dulcemente a sus fieles y sus labios parecían impartir bendiciones. Nanda quería verla y hasta que no lo hiciera su alma no tendría paz. ¿Y cómo la contemplaría, siendo un paria? ¡Ah, permanecería cerca del templo e iría escuchando las narraciones de los bienaventurados brahmines, chatryas, y vayshas que seguramente dejarían escapar algún comentario sobre esa maravilla del Cielo! ¡Sería suficiente para su corazón enamorado, que lo vería con los ojos de la devoción! Tal vez hasta lograría aspirar el perfume de los sagrados agarbatis encendidos ante la misericordiosa presencia de su idolatrado. El aroma de las flores, es una carta de amor enviada por Dios para los

HASTINAPURA

diario para el alma

hombres, y el de los inciensos, una carta de amor de los hombres para Dios... Al aspirarlos, de una sutil manera, él participaría de ese idilio celeste...

Decíamos que Nanda era el primero en llegar al campo de labor y agregamos que era de los más trabajadores. Sin embargo, por su hablar constante de Dios, se hizo antipático a los ojos de su amo, quien consideraba una insolencia, una falta de respeto de Nanda, un miserable paria, eso de pasar horas y horas cantando a ese Dios de las castas superiores. Así, como tenía sobre él, plenos derechos -derechos de vida y muerte- solía castigarlo a más no poder. Cierta vez, los latigazos prodigados fueron tantos, que el pobre Nanda cayó desmayado y estuvo al borde de la muerte por varios días. Se repuso milagrosamente, y lo primero que hizo, fue besar las manos de su verdugo.

-Dios me ha querido fortalecer la paciencia, y extraerme de las garras del apego al cuerpo material valiéndose de mi señor. Por lo tanto, mi señor es mi Guru. Y llevaba todos los días, un ramillete de flores de champaka que depositaba humildemente en el dintel de su puerta, de modo anónimo, más no tanto que su amo no supiera de donde provenían las mismas.

Cierta vez, Rakumar, el nieto de su señor, fabricó con pedazos de viejos cartones, una pequeña embarcación. La untó con goma para volverla impermeable al agua y la llevó al cercano río. Se lo veía a menudo con dicho juguete, lleno de infantil inocencia, simulando subir en ella y hacerse rumbo a la otra orilla. Aunque esto era completamente imposible para una mente adulta, era real para el pequeño que en alas de su imaginación, iba y venía de una costa a la otra, narrando sus encuentros con tigres y elefantes a cuantos quisieran escucharlo. Uno de de ellos era Nanda. Para Rakumar, que dada su poca edad, no comprendía de segregaciones sociales, Nanda era su mejor amigo. El "señor" de Nanda, su amo absoluto, comenzó a cambiar para con éste. En el fondo de su corazón, sabía que los castigos que le prodigaba eran injustos. Nanda era bueno, buenísimo. ¿Por qué entonces lo laceraba de continuo? Observaba el comportamiento de éste para con su nieto y muchas veces tuvo que reconocer a solas, que ni él mismo trataba al niño con la delicadeza del paria. Su endurecido corazón, comenzó a ablandarse, secretamente, y así, cierta vez que lo viera a la orilla del río, haciendo una especie de embarcadero de arena y piedras para la navecilla del pequeño, se acercó a ambos, y dijo a Nanda en tren de broma:

-Sabes Nanda, te dejaré ir a contemplar el templo de Chidambaram, si te subes a esa embarcación de cartón y logras cruzar el río. En la otra orilla las piedras de la playa semejan lingams. Tráeme de regreso una, y podrás irte cuando quieras a realizar tu sueño.

Su ínfima capacidad de amar, se manifestó de esa manera: por medio de la burla, del sadismo. Es claro que lo único que el amo de Nanda tenía en cuenta, era que se había dignado hablar a un paria con cierto tonillo amistoso, y esto lo hacía sentirse bien, tendiendo un manto de olvido sobre su acusadora conciencia que a menudo le reprochaba los injustos castigos que vivía prodigando a Nanda.

¿Cómo hubiera tomado estas palabras una persona común? ¡Cruzar el río en una navecilla de cartón! ¡Cuánta maldad, cuánta burla! Es claro que Nanda distaba mucho de ser eso, una persona como todas, de modo que, embargado de felicidad, tomó la navecilla entre sus manos, la depositó sobre las aguas, y ante el asombro del río mismo, al poner el pie sobre su frágil superficie, éste se convirtió en el mejor barco marino cruzando la torrentosa corriente de unos doscientos metros de ancho. Ya en la orilla, Nanda tomó la piedra más bella que se viera por los alrededores y regresó,

HASTINAPURA

diario para el alma

depositándola a los pies de su señor y dueño y su dueño y señor, muy dentro de su Alma y por Gracia Divina, tuvo la transformación del oscuro y despreciable carbón, tornándose diamante, de la piedra, convirtiéndose en maravillosa escultura.

-¡Nataraya, Nataraya! Exclamó entonces arrojándose a los pies de Nanda. No te vi, Dios mío, velado como estabas por el cuerpo de un paria. ¿Qué he hecho Padre del Cielo? ¡He lacerado tu cuerpo, te he castigado, me he burlado de ti! Más, ahora comprendo, tú eres el Señor del Universo, mi Guru. ¡Oh Nanda, Nanda, Maestro y Luz mía, perdona mi trato infame, piensa que soy solo un Rakshasa ciego de soberbia! No he sido yo quien te prodigara tantos malos tratos, sino la ignorancia residente en mí... Ay ¡más me valiera haber muerto antes de hacer lo que hice!

Su mente llegó a un estado de locura. No podía él mismo, que reclamaba perdón, perdonarse por lo que hiciera.

La gente de los alrededores, al escuchar los gritos, comenzó a reunirse en la playa, entre ellos, los familiares y amigos del amo de Nanda, quien no cesaba de llorar, profiriendo alaridos como un poseído.

-Oídme todos, dijo, cuando el resuello se lo permitió.

-A partir de ahora, Nanda no sólo será libre, sino amo mío, mi señor y dueño. A partir de ahora, me convertiré en su sombra, en el polvo donde descansan sus pies, el pabito que irá a quemarse para que no falte la llama en su noche.

Quiso agregar más, mucho más, pero los sollozos y las lágrimas no se lo permitieron y cayó nuevamente de rodillas, abrazado a los pies de Nanda. Todos se hincaron a la vez, ante el paria, quien, ausente del melodrama, sólo una cosa tenía en su alma: ¡Ya podía ir a Chidambaram! Comenzó a caminar, o a volar como el ave celeste que era en dirección a la anhelada ciudad. Todo el mundo lo seguía, el primero entre ellos, su ex amo. Así anduvieron por mucho tiempo, hasta que arribaron a la sagrada tierra donde se alzaba majestuoso el ambicionado hogar del Padre de Moksha, el Gran Liberador de las pesadas cadenas del Sueño cósmico que aflige a los mortales.

Entonces, vieron algo extraordinario. Los 2.999 sacerdotes del Templo, los Dikshitars (el número 3.000 es el mismo Nataraya) se hallaban reunidos formando un inmenso círculo en los jardines del templo, como si fuera cada uno de ellos un pétalo del loto sublime de la Fe. Allí estaban y con ellos toda la luz del mundo. Eran almas puras y bienaventuradas. Las enseñanzas del Bhagavad Gita, el Guru de la Humanidad, el Ko I noor de los libros sagrados, estaba presente en sus expresiones de paz y contentamiento. Nanda y su extensa comitiva se acercaron cantando kirtams en honor a Nataraya. La tarde del mes de Margashirsha, sonreía dulcemente con su luminosa serenidad. Era la fiesta de la devoción. Uno de los sacerdotes se puso de pie: - Nanda-, dijo -te esperábamos con impaciencia. Todos nosotros hemos tenido el mismo sueño anoche: el gran Nataraya avisó a cada uno de tu llegada. Nos ha ordenado recibirte con los honores reservados a los brahmines. En cuanto a nosotros, hemos preparado el fuego del sacrificio; en él te sumergirás para quemar en ti lo que aún quede de humano. Al salir de él, serás un bienaventurado, un avatar de la Fe sobre la Tierra.

Los tres mil sacerdotes se pusieron de pie, y Nanda fue conducido al gran Yajna, más cuando estaba a punto de abandonarse a las llamas, se vio aparecer a una figura inmensa que resplandecía como si fuera el corazón de todas las lunas del universo. Era Agni, el dios del Fuego.

HASTINAPURA

diario para el alma

-¿Qué hacéis, desdichados?, exclamó, dirigiéndose a los sacerdotes. ¿Acaso creéis que permanece en Nanda algo poluto? Él es la Divinidad misma ¡Yo, el gran purificador de todo lo creado, nada tengo que hacer en este caso; es más, si una de mis llamas tocara el cuerpo del más grande devoto de Nataraya, yo mismo me consumiría como la gota de rocío herida por los rayos del Sol! Y diciendo esto, retiró completamente su cuerpo de los leños, que se mostraron a los ojos de todos, ennegrecidos y humeantes, como embriones de mundos abandonados por el mismo Visva karma. Nanda presenciaba los acontecimientos con mente lejana. Todo él, desesperaba por contemplar la imagen de su Padre Celeste, de modo que sin dilación fue llevado ante él. Lo que sintió el corazón de Nanda en ese momento, fue algo absolutamente indescriptible, incomprensible por nosotros. En efecto, ¿Qué puede saber una luciérnaga sobre el Sol, o la pequeña perdiz, sobre el vuelo del águila? Quedó en estado extático, y eso sí pudieron contemplarlo todos. Luego, como llama de lámpara que ha llegado a su fin, se desvaneció delante de la imagen y del sancto sanctorum. Donde estuviera Nanda ya no había nada. El bendito templo se llenó de un extraño perfume y de sonidos de campanas miríficas. Eso fue todo. Los sacerdotes no podían creer lo que estaba ocurriendo. Unos a otros se miraban, deseosos de comprobar si lo que habían presenciado, era una ilusión. Pero no. Todos, absolutamente todos, habían visto la desaparición instantánea de Nanda Ji. Ya más o menos repuestos del fabuloso asombro, comenzaron las preguntas que la mente infantil del ser humano siempre se hace en casos como ese. ¿A dónde habrá ido? ¿Lo llevaría Dios mismo, o un demonio tal vez? ¿Sería un sakti adquirido en otras vidas? ¿Qué había pasado? ¿De dónde venía ese perfume y esas campanas cuyos sonidos parecían no ser de este mundo? Muchos de los sacerdotes se pusieron a meditar sentados en padmasana, otros a llorar sin contención ninguna. Todos estaban supremamente emocionados y nadie quería abandonar el templo. No cesaba cada quien de interrogarse secretamente sobre lo acontecido y buscar una solución al hecho, algo en fin, para calmar el dolor psíquico que les producía la ignorancia sobre el caso. Los antiguos Rishis -pensaban algunos- podían materializarse y desmaterializarse a voluntad. Después de todo, una forma material no es sino un conjunto de moléculas que ayer no estaban unidas, y ahora sí, para volver a desintegrarse mañana... ¿Quién sabe? O bien su cuerpo fue trasladado por algún Rakshasa... o semi dios... Las conjeturas no cesaban corazón adentro y aunque de sacerdotes se trataba, ninguno de los tres mil pudo conectarse con la realidad, que era tan simple que hasta un niño podía haberla percibido.

¿No se reúne el río con el mar? Sí, lo hace, cuando aprende a no detenerse, cuando sus aguas no se apartan de su lecho. Cuando se detienen, se convierte en laguna, charco, o estero... pero al mar no llega. El alma de los santos son ríos inteligentes que jamás se apartan del Dharma: por eso llegan al Océano de Bienaventuranza que es Dios, porque le son fieles. Así pues, el intenso amor de Nanda por su Nataraya, lo había convertido en uno con Él; Él y ShivaJi, se habían identificado. Hay casos extraordinarios de santos que ascienden a los cielos en cuerpo físico. De ellos, se tiene algo escuchado, pero lo que nunca acontece es que, una vez ascendidos, regresen nuevamente. Este fue el caso de Nanda. Cuando su cuerpo desapareció de la faz de la tierra, volvió a manifestarse en las regiones de Indra, el rey de los Cielos. Los Devas querían rendir tributo a esa alma conquistadora de lo imposible: la Unión con Dios. Desde Indraloka, seguiría ascendiendo y desaparecería luego, convertido en la misma esencia de Parabrahman.

HASTINAPURA

diario para el alma

Del Srimad Bhagavatam

La pena de Udhava

Parte III

El Hombre Libre

Uddhava intervino con una pregunta. Así dijo: “Señor, tú me dices que Atman es libre, que Él no se halla esclavizado por el poder de las Gunas y las acciones realizadas por el cuerpo y los órganos de los sentidos. No puedo comprender esto. Tú me estás tratando de enseñar la lección que dice que si el hombre realiza la verdad acerca de sí mismo se torna libre de sus innumerables cadenas. Cuando tú dices que el hombre es libre de esta esclavitud, esa afirmación supone que hay una cierta clase de lazos que lo atan. Quiero saber sobre la liberación de todas esas cadenas. ¿Obtiene el hombre su salvación cuando se halla más allá de las Gunas o aún cuando ellas están presentes en él? ¿Si las Gunas no están en la constitución del hombre, cómo él puede existir y cómo puede encontrar el sendero hacia Ti? Si la Liberación es obtenida aún cuando las Gunas se hallan presentes, ¿que ocurre con la esclavitud que es propia de esas Gunas? Aclárame esto, por favor. Hasta ahora he comprendido que las Gunas están siempre presentes en el hombre, pero, cuando el hombre se rehusa a identificarse a sí mismo con ellas y sus juegos, entonces, él se torna libre y su esclavitud comienza cuando él se olvida y no se aparta de ellas. ¿Cómo puede uno reconocer un alma emancipada y una que no lo está? ¿Cómo actúa un hombre libre en este mundo y cómo actúa el otro que no lo es?”

Krishna dijo: “Uddhava, no debes ir demasiado lejos para hallar una respuesta a tu pregunta. Mírame, las Gunas son causadas por Mi Mâyâ. Yo Soy el que despliega la red de Mâyâ y las Gunas en el mundo, pero Yo no estoy esclavizado y, obviamente, no necesito tornarme libre de ninguna cadena. El cuerpo, con sus dos sirvientes, el placer y el dolor, existe a causa de Mi Mâyâ. Como te dije antes, él es tan irreal como el mundo de los sueños para un hombre dormido que acaba de despertar. Uddhava, recuerda siempre, recuerda la conciencia y la ignorancia: ambas son manifestaciones de Mi Poder. Ellas son eternas y son también la causa de la liberación o la esclavitud, según sea el caso”.

“Considera la luna en el cielo. Cuando hay varios lagos, fuentes o estanques con agua, esa luna se refleja en todos ellos. Cuando la brisa mueve el agua de todos ellos, la imagen de la luna tiende a disiparse. Sí, Uddhava, la luna reflejada tiembla y este temblor es aparente en esa luna reflejada, pero no en la brillante luna del cielo que permanece serena y esplendorosa. Igual que ella, el juego de las Gunas y de los Indriyas, hacen que el Atman en ti, sea conmovido por ellos. Te explicaré de nuevo; el Sol se refleja en varios cántaros de agua, cántaros de diferentes formas y diferentes tamaños. El mismo Sol es reflejado en todos ellos, pero, en el momento en que uno se rompe y pierde su identidad de pote gigantesco o mediano o pequeño, la imagen se desvanece y se torna una con el Sol en el cielo. Este retorno a la unidad tiene lugar cuando y sólo cuando el pote se rompe. Del mismo modo, cuando el hombre se da cuenta que el sentimiento del ego, o sea, del ‘yo’ es falso, la verdad resplandece en él inmediatamente y no hay más esclavitud para esa criatura”.

“Te daré otro ejemplo. En un árbol de pipal, viven dos pájaros que han construido sus nidos en el mismo. Uno de ellos lo hizo en la cumbre y se siente feliz observando el cielo alrededor suyo, sintiendo el aire maravilloso y teniendo en su

HASTINAPURA

diario para el alma

corazón por alimento no otra cosa que su felicidad. El otro pájaro construyó su nido no tan alto, entre las ramas inferiores. Él debe conseguir su alimento durante todo el día, y alrededor suyo no encuentra nada sino la sombra de las ramas del árbol. Ambos pájaros se sienten profundamente apegados el uno al otro. Ellos se han tornado como gemelos y cada uno se siente el alter ego del otro. Pero, la diferencia entre ellos dos ha brotado ahora a causa de la identificación de uno con su entorno. Los vedantinos comparan al ave libre con el alma emancipada y a la otra ave con el hombre atrapado en las redes de Mâyâ. El pájaro que se halla en la cumbre del árbol no encuentra diferencia entre él y los otros pájaros, en tanto que la otra ave, se considera a sí misma desdichada, considera que sufre y que es diferente de aquel que un día fuera su mejor amigo”.

“El hombre ignorante que no sabe que su Atman es el mismo que Brahman, sufre a causa de su esclavitud y el otro que ha concientizado esta verdad, se siente libre. Cuando un hombre se despierta de su sueño, a menudo recuerda lo que soñó de manera muy vívida. Sin embargo, él es conciente de que todo eso es irreal y que su sueño fue simplemente una ilusión que su mente formó mientras permanecía dormido. Él no sufre ahora la angustia del hombre porque en sueños se vio como un mendigo, ni tampoco camina con arrogancia y orgullo cuando sueña que es Rey. El hombre ignorante, el hombre que sufre el rigor de la esclavitud es comparable con el hombre que se halla todavía dormido. Mientras está soñando, el sueño parece totalmente real al soñador y para que éste se de cuenta que se trata tan sólo de un sueño, es necesario despertarlo. De la misma manera, el hombre debería despertar a la Realidad de Brahman. Así, él no se sentirá encadenado aún cuando camine entre los objetos del mundo. Todos los objetos del Universo no podrán moverlo ni esclavizarlo, puesto que él sabe muy bien que es esencia de Dios y que todo el resto no es sino una gran ilusión”.

“El hombre que ha aprendido el difícil arte del desapego, se mueve libremente en el mundo y entre los objetos de los sentidos, pero se encuentra libre de todos ellos, puesto que éstos no pueden aprisionarlo. Él se dará cuenta que la acción, cuando ésta se desposa con las Gunas, hacen del hombre su esclavo y así, el hombre realmente liberado, se hallará desapegado aún de las pequeñas cosas como el alimento, el baño, las ropas y cosas similares. Él será indiferente a todo ello. Su conducta en cuanto a la vida, en cuanto a sus sentidos, en cuanto al poder de su pensamiento, no tendrá ningún fin a la vista, pues aún cuando él se halla viviendo y moviéndose con los otros en el mundo de los hombres, será completamente libre. Si se lo hiere físicamente no le importará, ni se sentirá orgulloso cuando alguien lo ensalza. Él no alabará a aquellos que le hacen bien o hablan bien de él, y tampoco condenará a aquellos que hablan mal sobre él y actúan equivocadamente. No se sentirá interesado en hacer ni bien ni mal, pues ambas cosas serán lo mismo para él. Su palabra no tendrá nada de todo esto y así será considerado por todos un tonto. Sin embargo, esto no lo afectará a él. Los Upanishads son definidos como Brahman capturado por el sonido (Om). Yo he visto muchos hombres que conocían la totalidad de los Upanishads, que eran capaces de repetir palabra tras palabra, todos sus libros de memoria, y sin embargo, ninguno de ellos había podido realizar el Paramatman descripto allí. Son como vacas incapaces de dar leche”.

“Uddhava, permíteme decirte: un hombre con una vaca que no puede dar leche, o una esposa que no lo ama, o un cuerpo enfermo, o un hijo desamorado, o una fortuna que no se entrega a los necesitados, harán que el hombre herede sufrimientos, uno tras otro”.

“La riqueza cognoscitiva de un hombre puede ser inmensa. Pero no será suficiente si es tan sólo una acumulación del conocimiento de los Vedas y de los

HASTINAPURA

diario para el alma

Sastras, si los mismo no se hallan equilibrados con las historias de Mis Avataras y la Mía propia. Sé perfectamente que no es fácil devocionar completamente la mente a Mí y pensar sólo en Mí. Ese hombre debe realizar Karma Yoga. Dejémoslo realizar acciones en el mundo. Sin embargo, no le permitamos que tenga deseos por el fruto de sus acciones. Él no debería esperar ningún tipo de premio por sus esfuerzos. Permitámosle actuar así en el mundo de los hombres y dejémoslo pensar en Mí tan a menudo como pueda. Este hombre, seguramente que se tornará Mi Bhakta y podrá llegar a Mí”.

Continúa en el próximo número

HASTINAPURA

diario para el alma

Cuentos para el Alma

de Ada Albrecht

Mente de mosca-mente de paloma

Era sabio el viejo Mahadev, alfarero de la aldea de Bhanur. Cuando llegaba por las mañanas al Templo, mientras sus hermanos pedían a Dios que les otorgara mil banalidades, él le decía:

“¡Oh Señor del universo!, veo que tus hijos humanos, en su gran mayoría, tienen la mente de las moscas; revolotean en torno a los innumerables dulcecillos que ofrece la vida, dulcecillos de poder, de amores mundanos, de posesiones materiales. El dulce de la fortuna les atrae por demás y están dispuestos a matar si fuera necesario para hacerlo suyo. Cada quien, desea tener más y más espacio para exhibir el plumaje de su ego... Si poseen una casa de dos cuartos, pues... desean la de tres, y si de tres, quieren la de cuatro, cinco, diez... Nunca, sabio Señor, están satisfechos mis hermanos, y así, los veo pasar con sus rostros ceñudos y amargados llenos de tristeza, porque siempre, en la Confitería Universal, hay un dulce que es muy caro, y no pueden comprarlo... Por favor... ¡No me des a mí también la mente de las moscas! No lo hagas Señor, porque este hijo tuyo, ha observado... ha observado ya, el vuelo de la paloma... Mira, las moscas saltan de un dulcecillo a otro, van y vienen, carecen de reposo y viven agitadamente, hasta caer muertas sobre los platillos de sus ambiciones... En cambio, tus hijas, las palomas, son como los ángeles del Cielo: tienen un Palomar al cual regresar... Es cierto que vuelan en sus bandadas, pero... siempre regresan a su Hogar, al caer la tarde...”

“Pueda yo también, Señor, regresar siempre a Ti, con el vuelo de las alas de mi Devoción. Que mi mente sepa que solo Tú eres mi Hogar, y no derive sobre lo intrascendente. Las mentes-moscas, con sus múltiples ojos, sólo captan de la vida lo más pobre. El mucho observar, no siempre es sinónimo de Sabiduría. ¡Dame pues, Señor, un gran anhelo por Ti, y que ello sea el único deseo y vuelo mío en esta tierra!”

HASTINAPURA

diario para el alma

Enseñanzas de los Místicos del Islam

Parte III

A continuación transcribimos algunas de las enseñanzas de los Místicos del Islam.

Cierta vez Mahoma dijo:

“Adorad a Dios como si lo viérais; porque, aunque tú no Lo veas, Él sí te ve”.

Dice el poeta-santo Rumi:

He muerto como mineral para hacerme planta, y he muerto como planta y rosa, para hacerme animal, y he muerto como animal, para hacerme hombre.

¿Por qué temer? ¿Cuándo la muerte me produjo mengua?

Una vez más moriré como hombre para remontarme a la bienaventuranza angélica; pero también trascenderé al ángel y seguiré mi sendero. Todo, excepto Dios, perece.

Cuando yo haya sacrificado mi alma angélica, me convertiré en lo que el pensamiento no puede concebir. Ojalá deje de existir, porque la Inexistencia proclama con melodías de órgano:

“Nosotros volveremos a Dios”

El Maestro Bayazid había pasado toda su vida enseñando verdades espirituales y cantando a Dios. Cierta día, una persona, al pasar, le dijo:

“Maestro, toda tu vida has enseñado; dime, ¿cuántos años tienes ahora?”

A lo que el Maestro respondió con una sonrisa:

“Acabo de cumplir cuatro años”.

“¡Cómo!”, dijo sorprendido esa persona. “¡Eso es imposible!”

“No, hijo mío”, respondió el Maestro, “en verdad, tengo cuatro años. Durante setenta años el mundo me ocultaba a Dios, empero, le he estado viendo los últimos cuatro años; y el tiempo en que uno está oscurecido para la visión divina, no pertenece, en realidad, a la Vida”.

El Corán dice:

“La mayor pobreza es la riqueza sin Dios”.

Y también:

“Dios es la Luz de los cielos y la tierra, y sólo es visible a la mirada del corazón”.

Una vieja sentencia de los Sufis dice así:

“Si desobedezco a mi corazón, en verdad, desobedezco a Dios”.

Cierta vez un devoto preguntó a Mahoma cuál era la Voluntad de Dios. Mahoma le respondió:

HASTINAPURA

diario para el alma

“No me consultes a mí. Consulta a tu corazón, y allí oirás el secreto mandamiento de Dios, que es proclamado por el conocimiento íntimo de tu corazón, el cual es la Verdadera Fe y la Divinidad”.

El Corán dice:

“¿Dónde está Dios? Está en los ojos de aquel que obra bien”.

Con respecto a la importancia de la constante repetición del Nombre de Dios, o Dikr, se suele citar el siguiente pasaje del Corán:

Cierta vez, un hombre se acercó a Mahoma y le preguntó:

“¡Oh Maestro!, las leyes de la Religión son muy numerosas, dime una sola cosa por la cual se pueda obtener las más alta recompensa”.

A lo cual, Mahoma respondió:

“Lo que debes hacer es lo siguiente: deja que tu lengua esté siempre húmeda con el recuerdo de Dios”.

También en el Corán leemos:

“Vuestro Señor ha dicho: ‘Llamadme, Yo os responderé’”.

El Maestro Muhammad Ibn Wasi decía:

“Nada veo sin que en ello vea a Dios”.

Sahl Ibn Abdallah de Tustar solía decir:

“Si alguien cierra sus ojos a Dios por un solo instante, dejará de ser guiado por el camino recto el resto de su vida”.

Cierta vez, un hombre se acercó a Mahoma y le preguntó:

“¡Oh Maestro!, las leyes de la Religión son muy numerosas,
dime una sola cosa por la cual se pueda obtener las más alta recompensa”.

A lo cual, Mahoma respondió:

“Lo que debes hacer es lo siguiente:

deja que tu lengua esté siempre húmeda con el recuerdo de Dios”.